

ALMA INMORTAL

Alrededor de una mesa, vino tinto y cigarrillos,
Reíamos recordando la pasada juventud.

Cesó en tus labios la risa, me miraste algo triste:
Estoy muy viejo, mi amigo... la Parca me está rondando...

¿A ti te ronda la muerte? ¡Qué va! ¡Vivirás cien años!

No lo creo y no me importa, pero tiemblo meditando
en el ignoto destino
que aguarda a mi alma inmortal.

Tu bromeas...

No, hablo en serio...

Si es así, habrás cavilado
Donde vivía tu alma miles de años atrás.

No existía...

¿Qué? ¿No existía? Y la llamas inmortal...
¿Acaso ese don le diste?

Me confundes...

No lo trato, pero exijo reflexión.
Si esa esencia etérea existe y no muere con el cuerpo
hace mil años vivía y no era tú, ni era yo.

No somos dueños del alma. Ella es dueña de nosotros.
Se mete al azar un día en nuestra caja de huesos
y cuando llega el ocaso levanta el vuelo y se aleja.

No te preocupes por tu alma,
ella es libre, ella es eterna,
No la llores, más bien goza de esa presencia en tu cuerpo,
Que da sentido a tu vida, que te presta inteligencia,
Que pone fuego en tus venas y amor en tu corazón.

Me convences, caro amigo,
¡Brindemos por nuestras almas!
Por el amor que le tienen a los débiles mortales
Por su absurda abnegación.